

Las llamadas “civilizaciones negras”: miradas antitéticas y un debate entre Arthur de Gobineau y Anténor Firmin

Por *Perla VALERO**

He dicho que las grandes civilizaciones humanas no son sino en número de diez y que todas se deben a la iniciativa de la raza blanca.

Arthur Gobineau, 1853

¿No sería una refutación abrumadora si se pudiera demostrar que, en un periodo histórico en el que los orgullosos europeos eran absolutamente salvajes, hombres de sangre negra mantenían en alto la antorcha de la naciente civilización?

Anténor Firmin, 1885

EN 1885 SE PUBLICÓ EN PARÍS un libro titulado *Sobre la igualdad de las razas humanas*. La Sociedad de Antropología de París, a la que pertenecía su autor, no le dedicó un comentario o una lectura. Sólo se le hicieron dos reseñas, una de ellas a título personal por uno de sus miembros.¹ *Sobre la igualdad de las razas humanas* había

* Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <perlapvalero@gmail.com>.

Este trabajo fue realizado en el marco del Seminario “América Latina y el enfoque civilizacional”, proyecto de investigación PAPIIT IN403820.

¹ Las dos reseñas fueron publicadas en Francia. La primera la realizó el osteólogo galo Léonce Manouvrier, miembro de la Sociedad de Antropología de París, quien la publicó en la *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger* (1886). La segunda fue realizada por un autor anónimo y publicada en el periódico *L'Homme* (1887). Ambas hacen énfasis en que su autor era abogado y no médico ni biólogo, que no se dedicaba al quehacer antropológico de manera profesional, sin embargo reconocen la calidad de la obra y su carácter “racional”. Su autor, Anténor Firmin, era uno de los tres haitianos miembros de la Sociedad de Antropología de París, donde fue marginado e ignorado por sus colegas blancos. Las memorias de las sesiones, publicadas en el Boletín de la Sociedad, dan testimonio de cómo la antropóloga Clémence Royer increpó a Firmin, preguntando si su capacidad intelectual no se debería a la presencia de algún ancestro

sido escrito por un desconocido político haitiano y antropólogo autodidacta, de nombre Joseph-Anténor Firmin (1850-1911),² quien en esta obra de casi quinientas páginas se proponía polemizar con científicos de la talla de Lineo, Morton, Blumenbach y Broca, para refutar los argumentos del discurso dominante de su época, que sostenía la idea de una supuesta desigualdad entre las “razas” humanas, demostrada “científicamente”. A lo largo de su trabajo, Firmin defendió el origen monogenético de la humanidad con su respectiva variabilidad genética, para fundamentar la idea de la igualdad de las que entonces se denominaban “razas” humanas y, a la par que desmontaba los mitos en torno a la epidermis, los genitales y cráneos negros, denunciaba los prejuicios de los científicos europeos.

Una de las principales obras con la que discutía Firmin era el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853), escrita por Joseph-Arthur de Gobineau (1816-1882).³ Literato, diplomático y aristócrata con marcados tintes conservadores, Gobineau vertió en su obra una teoría para explicar el auge y el declive de las civilizaciones, en clave racialista y determinista. Su trabajo es reconocido por haber recogido las teorías científicas-racialistas de sus contemporáneos, que sostenían el origen poligenético del ser humano y asumían una jerarquía entre las “razas” humanas,

blanco en su familia, mientras que el ya citado Manouvrier le pidió que se sometiera a mediciones de cráneo, cf. Anne-Marie Drouin-Hans, “Hierarchy of races, hierarchy in gender: Anténor Firmin and Clémence Royer”, *Ludus Vitalis* (México), año XIII, núm. 23 (enero-junio de 2005), pp. 163-180; Carolyne Fluehr-Lobban, “Anténor Firmin and Haiti’s contribution to anthropology”, *Gradhiva. Revue d’Anthropologie et d’Histoire des Arts* (París, Musée du Quai Branly), núm. 1 (mayo de 2005), pp. 1-20.

² Nacido en Cap Haïtien en octubre de 1850 en una familia de origen modesto, Anténor Firmin pudo formarse como abogado e ingresar a la esfera de la política. Fue ministro de Comercio y Finanzas, de Negocios Extranjeros y de Agricultura y Trabajo, así como representante diplomático de Haití en Francia; editor del *Messageur du Nord*, periódico que se convirtió en el órgano del Partido Liberal, del que era militante y que estaba representado en su mayoría por la élite mulata, Firmin defendió el gobierno civil frente al militarismo y se opuso a la inversión extranjera para modernizar a la pequeña república negra; por cuestiones políticas partió al exilio en varias ocasiones, a St. Thomas y Francia. Su obra mayor, *Sobre la igualdad de las razas humanas*, fue escrita y publicada en el exilio. Murió expatriado en 1911, a los sesenta años de edad.

³ El conde de Gobineau fue un aristócrata que hizo carrera política al ser enviado por Napoleón III a fungir como embajador de Francia en Alemania, Grecia, Suecia, Brasil y Persia. Protegido de Alexis de Tocqueville, fue un pensador conservador, enemigo del humanismo de las Luces y la Revolución Francesa, y es considerado representante del pensamiento racialista. Fue también conocido por ser autor de libros como *Scaramouche* (1843), *Adelaïde* (1869), *Souvenirs de voyage* (1872), *Les Pléiades* (1874) y *Nouvelles asiatiques* (1876).

colocando en la cúspide a la caucásica con sus orígenes arios. De allí que fuese ávidamente leída entre los antiabolucionistas estado-unidenses y traducida al inglés, pues “tendía a demostrar que los negros pertenecen a una raza inferior”.⁴ Mientras que en el siglo xx encontraría éxito entre los ideólogos del Tercer Reich.

A pesar de las credenciales racialistas y racistas de dicha obra, en este texto queremos llamar la atención sobre el particular uso del concepto de *civilización* que hace Gobineau, quien es de los primeros autores europeos que lo emplea de manera plural, aunque jerarquizada y atravesada por la cuestión “racial”. Gobineau piensa en civilizaciones, Estados, pueblos e imperios, todo ello en plural, y ya no en una civilización monolítica. Con base en ello, esboza una clasificación de diez sociedades que alcanzaron tal estadio e incluye a dos civilizaciones africanas, Egipto y Etiopía. El caso egipcio también es retomado por Anténor Firmin en su trabajo, pero con una lectura diametralmente opuesta a la de Gobineau.

Estas miradas antitéticas sobre las “civilizaciones negras” serán abordadas en el presente estudio con el propósito de reconstruir el debate entre Firmin y Gobineau, aterrizado en la “calidad” civilizatoria de Egipto y Haití, como representantes de las civilizaciones negro africanas. Se mostrará que en la mirada de Gobineau la civilización egipcia sólo obtiene dicho estatuto por una presunta presencia blanca, que abonó a las leyendas en torno a sus supuestos orígenes arios, mientras que Haití es puesto como un contraejemplo civilizatorio de aquello que sale mal cuando se abandona el camino de la civilización blanca europea. Mientras que Firmin defenderá la “negritud” de la civilización egipcia y los aportes civilizatorios del pueblo haitiano para la historia de la humanidad, en un discurso que iba a contracorriente de los supuestos del racismo científico de su época y como un precursor de las críticas a los prejuicios del pensamiento eurocentrado.

⁴ Alexis de Tocqueville, “Lettres à Gobineau”, citado en Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Martí Mur Ubasart, trad., México, Siglo XXI, 1991, p. 154.

1. Gobineau y las civilizaciones en plural

EN su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, Gobineau define la civilización como un encadenamiento de hechos, un estado en el cual se encuentra situada una sociedad humana, y un ambiente en el que ha logrado colocarse, que ha creado y que reacciona sobre ella. Pero no a todos los pueblos les es posible “dar el paso” hacia la civilización, pues afirma que “una parte de la humanidad está, en sí misma, condenada a no civilizarse nunca”, al carecer de costumbres “moderadas y tolerantes”, y especialmente, al no contar con la influencia de lo que llama “sangre civilizadora”.⁵ Este punto es importante en el argumento de Gobineau, pues el objetivo de su obra es explicar el problema de la decadencia de las civilizaciones. Es decir, las razones de su “condición mortal”, aquello que las hace fenecer de “muerte violenta”.

Para el aristócrata francés, la decadencia de las civilizaciones es causada por la “mezcla racial”, en la cual yace una paradoja pues, para él, la mayoría de las “razas” humanas son “ineptas” para formar civilizaciones, a menos que se mezclen. Pero esta mezcla tiene resultados ambivalentes: civiliza a algunas —a las “inferiores”— y “degenera” a otras —a las “superiores”. Es decir, desde la óptica del diplomático galo, si un pueblo permaneciera eternamente compuesto por los mismos elementos y mantuviese la integridad de su “sangre”, no moriría. Argumento que lo lleva a celebrar la intolerancia de la civilización europea ante la “barbarie” y ante las demás civilizaciones y en el que saltan a la vista las implicaciones xenófobas y los horizontes fascistas a los que puede llegar el purismo étnico pregonado por el autor.

Como adelanté, dentro de las posturas racialistas, pesimistas y conservadoras de Gobineau, destaca el reconocimiento que hace de la existencia de diversas civilizaciones, en plural, que son clasificadas en función de sus características culturales. En este ordenamiento, Gobineau distingue las llamadas civilizaciones “masculinas” (como China, Italia antigua, los pueblos eslavos y las tribus germánicas), que aspiran al “bienestar”, de las llamadas civilizaciones “femeninas” (como la India, Egipto y Asiria), que

⁵ Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853), Francisco Susana, trad., Barcelona, Apolo, 1937, p. 42.

atienden a los “gustos de la imaginación” y ocupan la mayor parte del globo. Hace también diferencias sobre su grado de civilización y su extensión sobre el bajo pueblo al preguntarse si “las ideas y los hechos que se producen en su superficie están bien arraigadas en las masas”.⁶ Y, con una clara distinción de clase, lanza este interrogante sobre las poblaciones del continente europeo: “¿Piensan y actúan en el sentido que llamamos *civilización europea* las últimas capas de nuestros pueblos?”,⁷ poniendo en duda que lo que entiende por civilización se extienda a las masas campesinas y proletarias.

En una defensa del colonialismo y la superioridad blanca, Gobineau identifica diez civilizaciones y afirma que la historia ha mostrado que “todas se deben a la iniciativa de la raza blanca”,⁸ ramificaciones o productos de ella, y ninguna civilización puede existir sin su concurso. Las civilizaciones son: la hindú (rama de la “nación blanca aria”); la egipcia, que agrupa a etíopes y nubieneses (producto de una “colonia ariana” de la India); la asiria, que enlaza a judíos, fenicios, lidios, cartagineses e himiaritas (resultado de las “invasiones blancas”); la meda, persa y bactriana (rama de la “familia aria”); la griega (del “tronco ario”); la china (proveniente de una “colonia aria” de la India); la itálica, que agrupa a romanos, celtas, iberos, arios y semitas (de origen ario); la germánica (también aria); y la americana, que incluye a alleghanienses,⁹ así como a “mexicanos” y “peruanos” precolombinos. Este último, el conjunto civilizacional americano, constituye el único caso en que los arios no fueron los “iniciadores” de la civilización y, por ello, las sitúa como las más “débiles”.

En el caso de las civilizaciones de África, Gobineau afirma que egipcios, etíopes y nubios provienen de los “camitas blancos” que dieron origen a una población mestiza civilizada. Esta supuesta población mezclada se extinguió, y dejó una descendencia mulata que gradualmente se convirtió en el pueblo negro. En el proceso de mezcla, Gobineau afirma que las “tribus” inmigrantes

⁶ *Ibid.*, p. 42.

⁷ *Ibid.*, p. 84. Las cursivas son nuestras.

⁸ *Ibid.*, p. 159.

⁹ Son las “tribus de élite” de la América septentrional, como los cheroquis, obligadas por el gobierno norteamericano a migrar y abrazar por la fuerza el género de vida que practican hoy. Evangelizados por misioneros protestantes, han sido convencidos de trabajar el campo y, “sometidos a educación rigurosa”, lograrán “llenar las funciones de la vida civilizada”, *ibid.*

blancas entraron en contacto con las multitudes negras y perdieron su lengua, que fue “desfigurada” por “dialectos” melanos. Y esta mezcla los llevó a la degeneración, “engendrando, por su enlace con mujeres negras, hijos e hijas que acusan cada día menos el sello de los antiguos conquistadores”,¹⁰ pero algo conservan de la sangre blanca de sus padres, y por eso no son “salvajes” ni “bárbaros”. En la lectura de Gobineau tienen “un pie en la civilización blanca”, tal y como ocurre con los egipcios.

2. La civilización egipcia y “el origen ario del pueblo de los faraones”

EL aristócrata galo se refiere a los egipcios antiguos como una civilización proveniente de los asirios, una “raza” mezclada de camitas blancos, semitas y negros. Sus élites gobernantes, a pesar de no pertenecer a una raza blanca “perfectamente pura”, sí forman parte de una variedad que, “por lo menos”, no se le ha alejado mucho, sentencia Gobineau. Parte de las “evidencias” que da para sostener la idea de los orígenes arios de la civilización egipcia son imágenes de su arte: estatuas y pinturas que, según Gobineau, muestran “de manera irrefragable” la esencia del tipo blanco por la “belleza” y “nobleza” de sus rasgos faciales. Como si la belleza y nobleza fuesen expresiones exclusivas de lo blanco. O, como acusará Anténor Firmin, adelantándose décadas a las reivindicaciones de Aimé Césaire y al movimiento de la negritud del siglo xx, que los europeos no pueden imaginar un rostro bello y negro a la vez. Firmin también afirma en su trabajo que la belleza y la inteligencia se encuentran presentes en todas las “razas”. Mientras que Gobineau recupera las teorizaciones de otros autores para afirmar que la fisonomía del arte egipcio “basta para demostrar” que la sangre de los blancos corría por sus venas, y concluye que se trata de arios provenientes de la India. Lo anterior lo “confirma” con observaciones lingüísticas, señalando que el egipcio antiguo deriva de lenguas negras, camitas y semitas, con afinidades arias y parentesco con el sánscrito. Y sugiere que los migrantes arios llegaron desde el Punjab por la boca del Indo y hacia el valle superior del Nilo y, una vez allí, se mezclaron con numerosos grupos camitas

¹⁰ *Ibid.*, p. 167.

y semitas. Para Gobineau, los egipcios y su civilización no pueden ser originarios del África negra.

Insiste, además, en las supuestas similitudes entre los egipcios y la sociedad indoaria. Observa que ambas sociedades están formadas por castas, donde los dioses son blancos y los sacerdotes la élite mulata; que los reyes son los jefes armados, autorizados por una comunidad de origen blanco; y que los nobles se parecen a los chatrias de la India, que portan armas para defender el país. Asimismo, encuentra semejanzas entre Egipto y Asiria en la “enormidad del poder”, una generalidad presente en todos los países donde el elemento negro está sometido al poder de los blancos, según Gobineau. Allí, la autoridad adquiere un carácter atroz que, para el autor galo, resulta “necesario” para hacer obedecer a “seres ininteligentes”, como afirma que son los negros. Y de nuevo aparece la interpretación de clase cuando sostiene que todas las revoluciones en Egipto las desarrollaron las “castas superiores”, porque su “populacho” nunca alcanzó el mejoramiento de la sangre a través de la presencia blanca. En síntesis, según su teoría, fueron las “razas blancas” las que proporcionaron las bases para prolongar la civilización egipcia, sin lograr desarrollarla, pues fue la desaparición de la sangre aria fundadora la que llevó a la decadencia y al estancamiento de la civilización del Nilo.

Un siglo después, estas hipótesis sobre el supuesto origen blanco de los egipcios fueron desmentidas; pero en la época de Gobineau, a lo largo del siglo XIX, fue una idea común entre los eruditos. Todavía en 1967 el antropólogo senegalés Cheikh Anta Diop se vio obligado a desmentir estas nociones en su libro *El origen africano de la civilización: mito o realidad*, donde debate con las ideas de Gobineau. Allí, Diop remite a las lecturas hechas sobre Cam, el hijo maldecido de Noé cuya prole ennegrecida pobló África según la tradición bíblica, y señala: “Obviamente, según las necesidades de la causa, Cam es maldecido, ennegrecido y vuelto el antecesor de los negros. Esto es lo que sucede cuando se refieren a las relaciones sociales contemporáneas”. Pero, Cam “es blanqueado cuando se busca el origen de la civilización, porque allí está habitando el primer país civilizado de la historia”: Egipto.¹¹

¹¹ Cheikh Anta Diop, *The African origin of civilization: myth or reality* (1967), Mercer Cook, ed. y trad., Nueva York/Westport, Lawrence Hill & Company, 1974, p. 9.

La defensa de la negritud de los egipcios antiguos ya se hacía entre autores decimonónicos contemporáneos a Gobineau. Dichos textos fueron recuperados por Firmin, como se mostrará más adelante. Gobineau también los conocía, pero los desautoriza señalando que se trata de una “forma excéntrica de representar el pasado”, hecha por “panegiristas de la especie negra” que se han empeñado “en atribuirle títulos de gloria”, y no han vacilado en presentar a la civilización abisinia y egipcia como producto de una “supuesta civilización negra” derramada por toda Asia. Es decir, decidió ignorarlas porque no empataban con su concepción del mundo ni con la tendencia de las pesquisas científicas de sus contemporáneos, que planteaban todo desarrollo civilizatorio como producto del difusionismo de los europeos blancos y sus llamados antecesores arios. Gobineau atribuye los rasgos civilizatorios de Egipto a la presencia de la “raza blanca”: los grandes trabajos para construir las pirámides, la escritura jeroglífica, las urbes y el Estado. Mientras que los “elementos salvajes”, como los dioses animales y “todo lo que pueda inspirar terror” son la marca dejada por la sangre negra. Pues aunque la influencia negra “fue dominada” no deja de hacerse sentir intensamente en “lo vulgar” de sus formas. Lectura que Firmin cuestionará fuertemente en su obra, como veremos más adelante.

En su análisis, Gobineau argumenta que Egipto se tornó una “civilización estacionaria” a medida que predominó el “fondo negro”. Un estancamiento que se expresaría en la escritura, marcada con la “tenebrosa y laboriosa” práctica de los jeroglíficos, que la ubican en los “últimos grados” de la escala de las naciones civilizadas, en la óptica gobineana. Detrás de la escritura jeroglífica sólo se encontrarían los “peruanos” con sus quipus, y los “mexicanos” con sus “enigmáticos dibujos”. Además, afirma que si los egipcios demostraron capacidad de abstracción en la escritura fue gracias a los blancos, esa “fuente de vida y poder” que al agotarse permitió el mestizaje de la sociedad, que “descendió” a negra y recayó en la “animalidad” africana.

Para Gobineau, entonces, las civilizaciones son resultado de la perfecta dosis de sangre blanca, que actúa frente a los “elementos disolventes” de otras “razas”, como piensa que ocurrió en Egipto. Pero otros pueblos negros no corrieron con la misma suerte porque

la “sangre blanca” no fue suficiente para “civilizarlos”, como es el caso de los haitianos, quienes según Gobineau, son descendientes de “tribus” africanas “no aptas para la civilización”.

3. *Haití, los nietos del África en la mirada de Gobineau*

DADO que Gobineau no considera a Haití una civilización, le dedica poco espacio, pero mayor en comparación con otros pueblos negros y americanos. Sobre la pequeña nación caribeña, el escritor galo señala que se trata de uno de los dos gobiernos existentes en el mundo, en ese momento, formados por pueblos ajenos a la “raza caucásica” que han logrado tomar modelos establecidos por la civilización europea: Saint-Domingue (hoy Haití) y las Islas Sandwich (hoy Hawaii).¹² Pero el “examen” gobineano de ambos Estados señala la “inutilidad” de dotar a un pueblo de instituciones ajenas “no sugeridas por su propio genio”,¹³ como si el gobierno de monarquía electiva de los malayos-polinesios (y de pueblos africanos como el reino del Congo) fuese un invento de las sociedades europeas. La lectura de Gobineau parte de un excepcionalismo europeo, incapaz de reconocer los desarrollos civilizatorios de las sociedades no blancas.

Gobineau observa que en Saint-Domingue, como también era conocido Haití, la independencia ya está completa y no hay presencia de europeos, como misioneros o ministerios extranjeros. Sino que —¡increíblemente!— toda la sociedad está “abandonada” a las inspiraciones de la propia población, como debiera ocurrir con cualquier nación independiente y soberana: “Esa gente parece imitar, como puede, lo que *nuestra civilización* ofrece de más fácil”, y como mestizos, “son, pues susceptibles, hasta cierto punto, de poner en práctica *nuestros usos*”,¹⁴ refiriéndose a la cultura europea

¹² Para 1853 cuando está escribiendo Gobineau, el archipiélago de Hawaii era conocido como “Islas Sándwich”, bautizado así por el Capitán Cook en 1778. Para inicios del siglo XIX, el archipiélago se había unificado bajo una monarquía electiva nativa, mientras fuerzas de Estados Unidos e Inglaterra intentaban colonizar las islas y desestabilizar al gobierno autóctono. En 1891, un golpe de Estado empujado por terratenientes estadounidenses derrocó a la monarquía, impuso un gobierno provisional y, más tarde, una república constitucional que permitió la anexión de Hawaii a Estados Unidos en 1898.

¹³ Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* [n. 5], p. 54.

¹⁴ *Ibid.*, p. 55. Las cursivas son nuestras.

que, de nuevo, es identificada como el origen de las instituciones independientes y civilizadas de Haití. Pues “las instituciones, lo repito, son completamente europeas”.¹⁵

Sin embargo, Gobineau afirma que en las costumbres “depravadas, brutales y feroces” de los negros caribeños se encuentran los rastros africanos. Como en el “gusto bárbaro” de portar ornamentos coloridos y “ni hablar de la limpieza”, elementos que utiliza para establecer una prejuiciosa relación entre lo africano, la suciedad y también la pereza. En los funcionarios negros converge la “inteligencia más inculta” y el “orgullo más salvaje”, como “bárbaros” que “no tiene[n] mayor preocupación que [...] mascar tabaco, beber alcohol, despanzurrar a sus enemigos y bienquistarse con los hechiceros. El resto del tiempo lo pasa[n] durmiendo”.¹⁶ En las élites mulatas, con su parte de sangre blanca, el aristócrata galo observa “mayor inteligencia” y un “espíritu más despierto”, pues la sangre europea “modificó” la naturaleza africana, convirtiendo a los mulatos en los únicos que podrían llegar a ser “ciudadanos útiles”. Mientras que en el resto del pueblo predomina la influencia negra porque, aunque nacieron en la isla y son negros criollos, se hallan bajo la “total influencia” africana, para la cual “su goce supremo, es la pereza; [y] su razón suprema, la matanza”, elemento violento que iguala a la democracia negra, que no es más que “una larga serie de matanzas” entre negros.¹⁷

A pesar de que Gobineau escribió estas palabras sobre los haitianos a mediados del siglo XIX, hoy día hay académicos que comparten tal lectura, como el historiador guadalupense Philippe Girard, quien define la historia de Haití como una sucesión de genocidios.¹⁸ En un “argumento” *à la* Gobineau, Girard afirma que con la muerte de los colonos blancos perpetrada por las masas esclavas “genocidas” durante la revolución, desapareció toda po-

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 56.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Para Girard, la de Haití es la “bárbara” historia de cuatro genocidios: el de los taínos perpetrado por Colón; el de los esclavos africanos ejecutado por los colonos franceses; el de los blancos franceses a manos de las masas esclavas insurrectas (que llama un “genocidio perpetrado por los subalternos”); y el de los haitianos migrantes en República Dominicana, consumado por órdenes del dictador Rafael Trujillo en 1937, Philippe Girard, *Paradise lost: Haiti's tumultuous journey from pearl of the Caribbean to Third World hotspot*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005.

sibilidad de desarrollo porque ellos eran la única facción educada de la colonia capaz de administrarla y organizar el trabajo en las plantaciones. Con la muerte y destierro de los colonos blancos, descrito por Girard como un acto de “violencia ciega”, como si no existiese dentro del contexto la opresión colonial, la esclavización y el proceso de descolonización, los haitianos eliminaron a los únicos “cuadros de la nación”.¹⁹ A grandes rasgos, su tesis plantea que la ausencia del elemento intelectual blanco causó el subdesarrollo, y que la miseria de la pequeña nación negra es un castigo por el “genocidio” que sufrieron los colonos blancos, pues esta violencia no hizo otra cosa que demostrar el salvajismo de los africanos pregonado por “sus detractores más racistas”.²⁰ Los ecos gobineanos en la lectura del historiador originario de la francófona isla caribeña de Guadalupe saltan a la vista.

En la obra de Gobineau, aparece la idea de que los haitianos son descendientes de “tribus” humanas “no aptas a la civilización”, porque sienten “el más profundo odio” hacia las otras “razas”, expresado en la prohibición que le han hecho a los blancos de entrar en su territorio, de manera que este “odio al extranjero” es el principal móvil de la política local haitiana.²¹ Curiosamente, esa idea aparece en historiadores del siglo XXI, no sólo en el ya citado Girard, sino también en los estadounidenses Adam Jones y Nicholas Robins, concretamente en su lectura guiada por la hipótesis del “genocidio subalterno”, que es desarrollada bajo una tónica racialista que explica las masacres ocurridas en la historia de Haití

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ La tesis racialista de Girard puede observarse en este fragmento de su libro: “Debido a que Haití fue la primera república negra independiente en el mundo, y el único país nacido de una revuelta de esclavos, se convirtió en un símbolo del autogobierno negro [...] *Si tenía éxito el experimento haitiano en la construcción de una nación, podría haber probado la equivocación de todos los racistas, imperialistas y defensores de la esclavitud.* Desafortunadamente, Haití falló en cumplir con las esperanzas que su independencia había levantado. [En] su primer acto de autogobierno [...] eligió el genocidio. Los apologetas de la esclavitud decimonónicos, como George Fitzhugh y John C. Calhoun, argumentaron que la esclavitud era una institución humana capaz de mantener a los africanos supuestamente salvajes bajo control; si se desataban, los libertos pronto se revolverían en la pereza y el caos, o serían víctimas de la codicia de los capitalistas del norte. *Al matar a todos los blancos, Dessalines actuó como si quisiera probar que sus detractores más racistas tenían razón.* Durante años, los afrodescendientes pagaron el precio de la locura de Dessalines”, *ibid.*, pp. 57-58. Las cursivas y la traducción son nuestras.

²¹ Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* [n. 5], p. 56.

como producto de un odio “racial” de los negros hacia los colonos blancos.²² Sin embargo, en ninguna de estas lecturas se toman en consideración las condiciones estructurales y desiguales del sistema mundo moderno, las empresas del colonialismo europeo y el proyecto anticolonialista de la Revolución Haitiana (1791-1804) que decantó en acciones ciertamente violentas y en contradicciones políticas,²³ dejando de lado matices importantes de señalar.²⁴

Las dificultades políticas y económicas de la pequeña nación negra son explicadas por Gobineau como un producto de la “pereza orgánica” de los africanos y vaticina que el resultado inevitable será que “quede desierto un país cuya fertilidad y recursos naturales habían antaño enriquecido a generaciones de colonos”.²⁵ Lamenta la pérdida de la perla del Caribe francés, pues, antes de su independencia, Saint-Domingue era uno de los lugares de la

²² Estas lecturas sobre el “genocidio subalterno” se encuentran en una publicación coordinada por los citados historiadores norteamericanos, donde se plantea ampliar y replantear el concepto de *genocidio*, para incluir lo que denominan genocidios “desde abajo”, realizados por las masas populares y subalternas; es decir, por “los oprimidos”, en la forma de “genocidios retributivos” con motivo de venganzas sustentadas en “odios raciales” irracionales. Como ejemplos paradigmáticos señalan los casos de Camboya (1975) y Rwanda (1994). Pero en su libro se trabajan también los casos de la Rebelión de los Indios Pueblo (1680), la Gran Rebelión de Túpac Amaru y Túpac Katari (1780-1782), la guerra social en Yucatán, mal llamada “guerra de castas” (1847-1900), y la Revolución Haitiana (1791-1804), todos ellos procesos anticoloniales, véase Nicholas Robins y Adam Jones, comps., *Genocides by the oppressed: subaltern genocide in theory and practice*, Bloomington, Indiana University Press, 2009.

²³ Proclamas en favor de la libertad universal, principios jurídicos autoritarios, republicanismo radical, simpatías por la monarquía y el imperio, condenas de la esclavitud, defensa de la propiedad privada, emancipación de los trabajadores esclavizados y mantenimiento de la economía de plantación fueron algunos de los temas que se manifestaron dentro del complejo proceso de la Revolución Haitiana; los mismos encarnan las contradicciones generales de la propia modernidad, véase Perla Valero, “Entre la raza y la colonialidad: la historiografía en torno a la Revolución Haitiana”, en Verónica Renata López Nájera, coord., *De lo poscolonial a la descolonización: genealogías latino-americanas*, México, UNAM, 2018, pp. 186-198.

²⁴ Si bien Girard, Robins y Jones intentan partir de una visión crítica del término *genocidio*, pierden de vista el contexto de la violencia producida por toda la empresa colonial, de manera que resulta problemático “igualar” las acciones violentas cometidas por los colonizados y los colonizadores, como se proponen hacer, cuando no se considera la asimetría de poder que representa la propia estructura colonial. Es decir, estos autores no consideran el papel del Estado metropolitano, con sus grandes recursos políticos, económicos y militares, y toda su gran maquinaria que impulsó una violencia sistemática dirigida contra los negros insurgentes, y antes, contra los propios esclavizados africanos, véase Perla Valero, “¿Genocidio subalterno?: racismo y política en dos discursos en torno a la Revolución Haitiana”, *CariCen. Revista de Análisis y Debate sobre el Caribe y Centroamérica* (México, UNAM), núm. 18 (enero-febrero de 2020), pp. 41-53.

²⁵ Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* [n. 5], p. 57.

Tierra donde “la riqueza y la elegancia” habían llegado “al máximo de sus refinamientos”. Y en un ejercicio de historia contrafactual, Gobineau imagina lo que pudo suceder en Haití si hubiese ocurrido una segregación racial. Explica que, si los mulatos se hubiesen replegado a la costa, mantenido relaciones políticas y comerciales con los europeos, hubieran “progresado” hacia la civilización bajo la dirección de los blancos y, al mezclarse cada vez más con ellos, se hubiesen “mejorado” gradualmente y perdido su “carácter africano”. Y si los negros se hubiesen retirado hacia el interior, podrían haber vivido con libertad en una organización despóticamente patriarcal, “tan grata a aquellos congéneres suyos”,²⁶ formando tribus y guerreando en una “isla salvaje”, mal cultivada y medianamente poblada, condenada a desaparecer, casi como una consecuencia producida por la evolución, donde es lo que suele ocurrir con los pueblos “menos aptos”. Y de todo ello puede deducirse que civilización y blanqueamiento van de la mano para Gobineau.

Aunque Gobineau acepta la existencia de civilizaciones múltiples, las condiciona a su relación con la civilización europea occidental y a los orígenes caucásicos. Es decir que para el diplomático francés la civilización implica una forma de blanqueamiento biológico y cultural, como puede observarse con claridad en sus apuntes contrafactuales sobre los mulatos haitianos. Y es también una defensa del colonialismo, pues “el mundo occidental [...] es un lago que constantemente se ha desbordado sobre el resto del globo, unas veces asolándolo, siempre fertilizándolo”, y, si esto no quedara claro, inmediatamente sentencia: “la historia no brota sino sólo del contacto con las razas blancas”.²⁷ Idea que guía el pobre reconocimiento que hace de las civilizaciones africanas, cuyos desarrollos son atribuidos a unos supuestos orígenes arios.

La lectura en clave raciaalista, pesimista y purista de Gobineau es producto de una época marcada por el ascenso de la hegemonía mundial de Europa occidental, que llegaba a su punto culmen de manera inédita en la historia. Era un momento en que estas interpretaciones raciaalistas, gestadas en las academias europeas como reflejo de la empresa colonial global, ganaban lugar entre

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*, p. 327. Las cursivas son nuestras.

el pensamiento científico. Se expresaban a través de un discurso ordenado alrededor de la idea de la “raza”, noción que se tornó igualmente hegemónica y se convirtió en una forma de sentido común y de lenguaje global. Como señala Christian Geulen, fue bajo el concepto de *raza* que se construyó una visión del orden mundial muy marcada ya hacia finales del siglo XIX.²⁸ En esa época, era común pensar en términos tanto raciales como civilizatorios, ideas que siempre iban de la mano. Pero hubo algunos pensadores “disidentes” que, a pesar de estar presos del discurso racialista de su época, lo utilizaron como vehículo para defender los desarrollos culturales de los pueblos africanos y su estatus civilizatorio por derecho propio, aunque no sin contradicciones. Así lo hizo Anténor Firmin, el antropólogo y diplomático haitiano que polemizó con la obra de Gobineau tres décadas después de su publicación, como observaremos a continuación.

4. Firmin y la “raza” negra en el camino de la civilización

LA obra de Firmin, *Sobre la igualdad de las razas humanas: antropología positiva* (1885), alude desde su título al trabajo de Gobineau a manera de respuesta, aunque también debate con otros autores europeos y norteamericanos de su época. Pero no se trató de un trabajo aislado. Pocos años antes, un compatriota suyo de nombre Louis-Joseph Janvier, quien había introducido a Firmin a la parisina Société d’Anthropologie,²⁹ publicó una serie de artículos compilados bajo el título *L’égalité des races* en 1884, y una obra titulada *Détracteurs de la race noire et de la République d’Haïti* en 1882.³⁰ Este último texto incluía la respuesta a un artículo de

²⁸ Christian Geulen, “The common grounds of conflict: racial visions of world order 1880-1940”, en Sebastian Conrad y Dominic Sachsemeier, eds., *Competing visions of world order: global moments and movements, 1880s-1930s*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 69-96.

²⁹ Drouin-Hans, “Hierarchy of races, hierarchy in gender” [n. 1].

³⁰ Véanse de Louis-Joseph Janvier, *L’égalité des races*, París, G. Rougier, 1884; y *Les détracteurs de la race noire et de la République d’Haïti: réponses à M. Léo Quesnel* (avec Jules Auguste, Clément Denis, Arthur Bowler et Justin Dévost), París, Marpon et Flammarion, 1882. Nacido en Puerto Príncipe, Haití, Louis-Joseph Janvier (1855-1911) estudió Medicina y Derecho en Francia. Fungió como representante diplomático de Haití en Europa, también fue periodista y escribió algunas novelas, como *Le vieux piquet* (1888) y *Une chercheuse* (1889).

Léo Quesnel, defensor de la tesis de la desigualdad de las razas humanas, que había sido publicado en la *Revue Politique et Littéraire*. Las contestaciones que defendían la independencia política y económica de Haití en medio de un contexto muy francófilo fueron redactadas, a título individual, por un grupo de intelectuales haitianos: Jules Auguste, Clément Denis, Arthur Bowler, Justin Dévost y Louis-Joseph Janvier.

A pesar de que Janvier hacía una defensa de la existencia de la república haitiana, retomaba algunos argumentos del tipo de Gobineau al insistir en que el desarrollo y el progreso que propiciarían “una mejora del hombre negro” sólo llegarían a través del contacto con la “sangre europea” y la lengua francesa; ideas igualmente recurrentes en la época. Si bien Firmin le rinde también homenaje a la obra de Janvier en el título de su obra,³¹ su propuesta es un poco más radical, en el sentido de que intenta abordar la raíz de estas afirmaciones. Y será bastante crítica de estos discursos que igualaban la civilización con la cultura europea y blanca.

Firmin parte de la premisa de que la inferioridad de la “raza” negra, pregonada por pensadores como Gobineau y buena parte de sus contemporáneos, no es un hecho natural, ni general o universal, como para poder convertirse en doctrina o ley científica. Y para demostrar este argumento, propone explorar si entre los pueblos que más han contribuido a la evolución de la especie humana existen algunos de “raza” negra. De demostrarse, sería una refutación abrumadora de la tesis de la desigualdad de las razas humanas, señala Firmin. Parte de su obra, entonces, intentará mostrar que “en un periodo histórico en el que los orgullosos europeos eran absolutamente salvajes, hombres de sangre negra mantenían en alto la antorcha naciente de la civilización”.³² Y toma como ejemplo histórico el caso de Egipto, un pueblo negro cuya civilización precede a todas las demás: “los iniciadores indiscutibles del desarrollo de la ciencia y el arte de las naciones blancas occidentales”.³³

³¹ Cf. Drouin-Hans, “Hierarchy of races, hierarchy in gender” [n. 1].

³² Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas: antropología positiva* (1885), Aurora Fibla, trad., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2013, p. 286.

³³ *Ibid.*

5. *El Egipto negro,
“madre de todas las civilizaciones”*

ADELANTÁNDOSE a trabajos como los de Martin Bernal y su *Atenea negra* (1987) y Jack Goody y *El robo de la historia* (2006),³⁴ así como a las críticas al pensamiento eurocentrado y occidentalista que encontraron eco en las y los teóricos poscoloniales y descoloniales del siglo xx, Firmin hará una crítica sobre las lecturas del excepcionalismo civilizatorio europeo. Insistirá en que algunos desarrollos atribuidos a los helenos antiguos son impensables sin Egipto, una civilización negra “cuyas imponentes ruinas impresionan aún a la deslumbrada Europa moderna, tan engreída con sus progresos, tan orgullosa de sus obras, comparativamente pobres y pequeñas”.³⁵ Firmin no deja de recordarnos que los antiguos griegos, “los educadores de toda Europa” debido a la influencia romana, extraían su ciencia de fuentes egipcias. Todos los grandes filósofos, desde Tales hasta Platón —afirma—, bebieron de fuentes egipcias y todos viajaron a “la tierra de Sesostris” antes de propagar su doctrina, que cultivaron y desarrollaron después.

En un ejercicio casi de “provincialización” de Europa, en el sentido de situarla históricamente en su justa medida, tal como lo pondría un siglo después el historiador indio Dipesh Chakrabarty,³⁶ Firmin señala que mientras se fundaba Atenas y ocho siglos años antes de la fundación de Roma, “el pueblo del Valle del Nilo, ya refinado por la generosidad de una civilización de cuarenta siglos, disfrutaba de las ventajas de una muy avanzada industria”.³⁷ Pero la “presunción caucasiana” no puede asimilar la idea de que una “raza” considerada inferior fuera capaz de producir una nación “a la cual le debe todo la Europa actual”, bautizando a Egipto como la base de la “civilización moderna”.³⁸ Estos razonamientos que

³⁴ Martin Bernal, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, 1. *La invención de la Antigua Grecia, 1785-1985*, Teófilo de Lozoya, trad., Barcelona, Crítica, 1993; Jack Goody, *El robo de la historia*, Raquel Vázquez Ramil, trad., Madrid, Akal, 2011.

³⁵ Firmin, *La igualdad de las razas humanas* [n. 32], p. 387.

³⁶ Dipesh Chakrabarty, *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Alberto E. Álvarez y Araceli Maira, trads., Barcelona, Tusquets, 2008.

³⁷ Firmin, *La igualdad de las razas humanas* [n. 32], p. 378.

³⁸ *Ibid.*, p. 288.

hoy son aceptados y demostrados por la comunidad científica, no eran comunes hace siglo y medio.

El médico norteamericano Samuel Morton, defensor de la teoría poligenista, fue, según Firmin, de los primeros intelectuales en erigir en doctrina científica la opinión errónea que vinculaba las antiguas poblaciones de Egipto con la “raza” blanca, basado en un análisis sobre la configuración craneana de las momias.³⁹ Los argumentos de Morton mostraban una combinación de “erudición”, un “método prestigioso” y, sobre todo, “la tendencia general de los europeos a atribuir únicamente a su raza todo lo que ha sido grande y bello en la tierra”.⁴⁰ Otras evidencias tomadas para sustentar el supuesto origen blanco de los egipcios, que también recoge Firmin, eran las observaciones sobre los finos rasgos faciales representados en frescos, esculturas, fachadas y altorrelieves y los supuestos orígenes semíticos de la lengua del Egipto antiguo, todo ello para afirmar que un pueblo blanco de Asia migró al Valle del Nilo y civilizó a los negros egipcios, llevando consigo la influencia regeneradora de la sangre caucásica. Ideas que también se encuentran en Gobineau, como señalamos anteriormente.

Como puede apreciarse en el trabajo de Firmin, en el siglo XIX el discurso científico tenía opiniones encontradas sobre los orígenes del Egipto antiguo. Y sobre estas polémicas el antropólogo haitiano se propone “volver a los hechos” para aclarar este asunto. Retoma trabajos que defendieron científicamente el origen negro de los egipcios antiguos a través de análisis lingüísticos que notaron las similitudes entre su sistema de conjugación y el de otras lenguas africanas, junto con una tendencia aglutinante.⁴¹ Por ejemplo, los del egiptólogo francés Jean-François Champollion “el joven”, quien insistió en el origen común entre egipcios antiguos y etíopes, que compartían color y fisonomía.⁴² En términos mitológicos, Firmin observa que los antiguos egipcios se alineaban junto a los negros etíopes bajo la protección del dios Horus, y se denominaban a

³⁹ Samuel George Morton, *Crania Aegyptiaca, or Observations on Egyptian ethnography derived from anatomy, history and the monuments*, Filadelfia, John Pennington, 1844.

⁴⁰ Firmin, *La igualdad de las razas humanas* [n. 32], p. 290.

⁴¹ Louis-Ferdinand Alfred Maury, *La terre et l’homme* (1857), citado en *ibid.*

⁴² Jean-François Champollion le jeune, *Grammaire égyptienne ou Principes généraux de l’écriture sacrée égyptienne appliquée à la représentation de la langue parlée*, París, Typographie de Firmin Didot Frères, 1836.

sí mismos *khemí* o “rostro quemado”. Este autorreconocimiento étnico aparece también en textos bíblicos. Firmin recoge del libro *Cantar de los cantares*, poema escrito por el rey Salomón para celebrar su casamiento con una hija del rey de Egipto P-siou-n-Hka II, las palabras de la novia: “no reparen en que *soy negra*, pues el sol me ha quemado [...] Soy negra, pero bella”.⁴³ Firmin nota cómo, todavía hasta finales del Medievo, los eruditos suponían el origen negro de los egipcios antiguos; fue el pensamiento europeo moderno, con su “orgullo racial” que remite a la tradición griega como “la única racional”, el que ha insistido en el supuesto origen blanco de la civilización del Nilo, a pesar de que los propios helenos veían en aquellas tierras africanas el origen de la cultura.

Para Firmin, Egipto fue cuna no sólo de la civilización sino también de la industria, con sus monumentos, vías, trabajos de canalización y contención, ricas sedas, muebles y joyas, maderas y metales trabajados, como patrimonio común de la humanidad. Un producto de “africanos civilizados” que no constituyeron una excepción, pues su presencia alcanzó otros sitios más allá del continente, como ocurrió en Saint-Domingue. En este pequeño territorio caribeño los “nietos de África” levantaron una sociedad propia cuyo análisis constituye el punto de llegada de la obra de Firmin, pues en Haití: “Veremos lo que han podido hacer en las altas regiones del espíritu los tataranietos de los africanos sacados de la Costa de Oro, Dahomey, el país de los aradas, los mandingas, los ibos y los congos, para ser llevados a Haití entre cadenas y maldiciendo su destino”.⁴⁴

Con estas reflexiones sobre Haití con las que finaliza su análisis, Firmin espera que puedan comprobarse mejor los hechos para apreciar el papel que ha tenido un pueblo representante de la civilización negra en la historia humana.

6. Haití y sus aportes civilizatorios globales

ANTÉNOR FIRMIN hace un análisis del pueblo haitiano como producto de la diáspora africana. Y como parte de la “vida nueva” que

⁴³ Firmin, *La igualdad de las razas humanas* [n. 32], p. 316. Las cursivas son nuestras.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 371.

hicieron en América, sitúa a la revolución de las masas esclavizadas de Saint-Domingue, sometidas a la más “odiosa opresión”, como el correlato del “movimiento mágico” que ofreció al mundo la Revolución Francesa. Para el antropólogo y diplomático negro, la historia de la independencia de Haití es la “más conmovedora y dramática” que se conozca; llena de hechos que demuestran que la “raza” negra ha recibido de la naturaleza las mejores aptitudes. “Nosotros, hijos de África”, afirma, que “sufrimos las humillaciones y el martirio de la esclavitud”, sólo podemos ver en esta gesta la primera manifestación del sentimiento de la igualdad de las “razas”, personificado simbólicamente en Haití. Una sugerente lectura de la revolución y muy distinta de su interpretación como producto de un mero odio racial.

Firmin rescata las figuras de dos esclavizados que se tornaron dirigentes militares y políticos: Jean-Jacques Dessalines, “hombre de hierro” (y autor de la Declaración de Independencia de Haití, titulada *Libertad o muerte* de 1804), al que le tocaron los momentos más críticos de la guerra; y Toussaint-Louverture, la “mente más lúcida de un ser humano”, quien no había comandado un ejército o “visto un soldado” antes de los cincuenta años de edad. Firmin retoma la visión del abolicionista estadounidense Wendell Phillips, para comparar a Toussaint —que llegará a ser el primer gobernador del Saint-Domingue autónomo— con Oliver Cromwell. Éste, al igual que Toussaint, sin experiencia militar previa y a la misma edad que Louverture, organizó un ejército formado por “la mejor sangre de Europa” y por las clases medias de Inglaterra con el que venció a los ingleses, “sus iguales”. Mientras que el dirigente haitiano creó su ejército con lo que Europa considera una “raza abyecta, despreciable y envilecida por dos siglos de esclavitud”. Con africanos tanto recién llegados como criollos formó un gran ejército, y con esta masa desdeñada

forjó el rayo y lo descargó sobre la raza más orgullosa de Europa: los españoles, y los hizo volver a casa, humildes y sumisos. Sobre la raza más guerrera de Europa, los franceses, los aniquiló a sus pies. Sobre la raza más audaz de Europa, los ingleses, los envió al mar, hacia Jamaica [...] si Cromwell fue un gran capitán, este hombre [Toussaint] fue al menos un buen soldado.⁴⁵

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 463-464.

Desde su independencia, el pequeño pueblo haitiano influyó en la historia general del mundo, aunque “las mentes de poco alcance no sientan toda la importancia de su acción”.⁴⁶ ¿Cómo influyó? Cuando Inglaterra se lo negó, la república negra le dio su apoyo al libertador Bolívar en el exilio, poniendo a su disposición armas, hombres y dinero. Al favorecer la empresa republicana del prócer venezolano, los haitianos abonaron a derrumbar las estructuras del antiguo régimen, afirma Firmin. Asimismo, la independencia de Haití abonó a la liberación de los africanos esclavizados en todo el mundo, pues impulsó un cambio en el régimen moral y económico de los imperios coloniales europeos, y tuvo un peso en la economía interna de todas las naciones americanas con sistema esclavista, impulsando el movimiento abolicionista. “La conducta de los negros haitianos desmentía por completo la teoría de que el negro era incapaz de toda acción grande y noble, sobre todo de resistir a los hombres de la raza blanca”,⁴⁷ apunta Firmin.

En sus demostraciones sobre la igualdad de las “razas”, el haitiano rescata a intelectuales negros, compatriotas suyos, que destacaron en las profesiones liberales: literatos como Ducas-Hippolyte, Emmanuel Édouard, Tertullien Guilbaud, Turenne Leconte, Jean Simon, Dantès Dujour, Guillaume Manigat y François Manigat. Magistrados como Delord Étienne; historiadores como Dantès Fortunat y Saladin Lamour; médicos como Tacite Lamothé y el propio Janvier, quien también fue abogado, escritor y periodista. Al elogiar a Janvier, Firmin recupera los comentarios de periódicos parisinos que celebraron su “carácter europeo” y hasta “puramente anglosajón”, adjetivos empleados como sinónimos del carácter intelectual que se encuentra en todas las “razas”, mostrando que no podía dejar de reproducir completamente el eurocentrismo que él mismo denunció.

7. Firmin y el carácter universal de la civilización africana

ANTÉNOR FIRMIN es quizás uno de los primeros autores que observó cómo las ideas sobre la inferioridad de la “raza” negra se

⁴⁶ *Ibid.*, p. 487.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 491.

convirtieron en dogma, aunque fueran afirmaciones que en realidad no ofrecían demostraciones científicas, sino que se sustentaban en certezas inmediatas del sentido común. Firmin nota la paradoja de que, en un siglo donde todas las cuestiones científicas son estudiadas a través de la observación científica y el método experimental, el juicio que afirma la inferioridad de los negros se sustente en una cuestión de fe, como una creencia que escapa a las leyes de la lógica. Pero el prejuicio se encuentra interiorizado de tal forma que mentes tan eminentes y de una claridad indiscutible, de estudiosos originales y filósofos librepensadores, no son capaces de sacudirse estas ideas. Pero no sólo es una cuestión meramente “científica” o de errores de razonamiento, sino que se encuentra enraizada en una ideología que es producto de la historia colonial.

El antropólogo negro observa que los prejuicios vertidos sobre los africanos son producto de los efectos “deprimentes” que ha provocado la esclavitud en estas poblaciones. Pues si se tomara a la “más inteligente” de las naciones europeas modernas y, por circunstancias difíciles de imaginar, fuera reducida a la esclavitud, envilecida por un largo régimen de degradación moral, embrutecida con trabajo excesivo y maltratada “como bestia”, ¿sería posible creer que se presentaría dotada de las “aptitudes superiores” que distinguen a los sujetos libres?, se pregunta el haitiano. Y acusa que los europeos tienen el coraje de reprochar al esclavo negro su inferioridad intelectual, cuando convenientemente eligen no recordar que emplearon todos los subterfugios para impedir su desarrollo. Y, en tal sentido, Firmin llama a no pensar esta situación como un hecho “natural”, para no eternizar las relaciones sociales contemporáneas, que son resultado de la empresa colonial pero que se convierten en sentido común a través de miradas acrílicas, ateóricas y acientíficas.

Advierte Firmin que no basta estudiar a una sociedad en un momento aislado de su historia y concluir precipitadamente sobre la base de hechos actuales. Insiste en que es necesario observar su historia, progresos y retrocesos y considerar los paralelismos entre las sociedades africanas y las europeas. Por ejemplo, la esclavitud antigua debe ser analizada como un “hecho universal” que no sólo sufrieron los africanos, sino toda la humanidad; así se echa por tierra la falacia de que los negros son inferiores porque soportan

muy bien el yugo de la esclavitud, que horroriza a los inteligentes hombres blancos. Ésa era una idea muy común en el siglo XIX, pero oculta las insurrecciones esclavas que ocurrieron a lo largo de la historia de América y África, además de las más que frecuentes prácticas de cimarronaje.

Además de la condición de esclavitud “premoderna”, Firmin nota otros elementos socioculturales que son atribuidos como marcadores del atraso y la inferioridad africana y que, en realidad, en algún momento de la historia fueron comunes a los pueblos asiáticos y europeos. Como la religión animista (nos recuerda que árabes y fenicios adoraban piedras, y que los hebreos sacrificaban “becerros de oro”) y las supersticiones fetichistas tan comunes entre griegos y romanos; y los actos de “inmoralidad” tan frecuentes en Europa donde existe la prostitución y donde imperaron costumbres poco higiénicas como la conservación y uso de orina fermentada para la limpieza de los cuerpos, como acostumbraban los antiguos pueblos céltas. Es decir, todos “los vicios” de los que se acusa a la “raza” negra los tiene también la blanca, “en todas las ramificaciones de su linaje”. Incluso la práctica de consumir carne humana, otra “institución” que ha existido en casi todos los pueblos: entre hebreos, escitas, escandinavos, germanos, céltas, bretones y vascones. Hasta el héroe de los cruzados, Ricardo Corazón de León, pidió la cabeza de un sarraceno bien sazónada, que comió con gran deleite, narra Firmin y cita versos de canciones en inglés antiguo.

Esto debe brindar “consuelo y esperanza” a quienes están aún en “los escalones inferiores de la civilización”, indicándoles el camino a seguir y haciéndoles ver que todas las “razas” “han estado sumidas en el crimen y la superstición” antes de alcanzar un grado superior de desarrollo. Tales afirmaciones dejan entrever que Firmin piensa la civilización dentro de los esquemas evolucionistas de su época, que no rompen completamente con la idea de sociedades superiores e inferiores. Pero sí señala que el orden jerárquico entre los pueblos que priva en su época es histórico, y que no ha existido siempre: “hubo un tiempo en que los negros del antiguo Egipto trataban de salvajes a los blancos *tahamu*, groseros representantes de la raza europea actual”.⁴⁸ Señala

⁴⁸ *Ibid.*, p. 440.

también que la “barbarie” es relativa y matiza su argumento al señalar que, en la carrera de la civilización, “nadie es superior a los otros”.

8. Comentario final

No obstante que las obras de Arthur de Gobineau y de Anténor Firmin son producto de la misma época (segunda mitad del siglo XIX), el momento de encumbramiento del racismo científico, hacen un tratamiento muy diferente de las civilizaciones negras. En el caso de Gobineau, aunque reconoce la existencia de una pluralidad de civilizaciones distintas entre sí, atribuye el elemento civilizatorio a la influencia de la herencia caucásica, que tendría su punto culmen en los pueblos del Occidente europeo. Y de esta manera, el colonialismo europeo contemporáneo a Gobineau se convierte en una forma de difusionismo civilizatorio. De allí que el pensador galo sea uno de los autores que apoyó la hipótesis de los orígenes arios de la civilización del Egipto antiguo. Si bien es cierto que estas ideas sustentadas en una lectura racialisista, evolucionista y determinista de la historia y las sociedades humanas eran parte del *Zeitgeist*, existieron otros autores que, con este mismo lenguaje del racialisismo científico, asumieron el argumento de los orígenes negro africanos de los egipcios, los cuales fueron recogidos en la obra de Firmin y descalificados por Gobineau.

Por su parte, el antropólogo haitiano, en debate con Gobineau y otros pensadores y científicos de su época que defendían la desigualdad de las “razas” humanas y la inferioridad de los africanos, hizo una lectura distinta de las civilizaciones negras, aunque empleando este mismo lenguaje racialisista científico. Tanto la defensa de la igualdad de las “razas” humanas fundamentada en la demostración de la existencia de grandes civilizaciones negras, por ejemplo el Egipto antiguo, así como su lectura de los aportes culturales universales de sus tataranietos haitianos, convirtieron a Firmin en un precoz crítico del eurocentrismo.

Para Firmin, la Revolución Haitiana fue un hecho político, moral y cultural que identificaba colectivamente y dentro de su historia, a todos los grupos sociales “negros” de la tierra, una idea

que anunciaba ya el panafricanismo del siglo xx.⁴⁹ En la gesta haitiana, donde las masas esclavizadas tomaron la rienda de su destino e impulsaron el proceso abolicionista en el mundo occidental, leía una evidencia de la igualdad de las sociedades humanas. En un discurso que iba a contracorriente del racismo científico decimonónico, Firmin empleó los conocimientos más avanzados de la ciencia de su época para demostrar el carácter mítico, fantasioso, supersticioso y prejuicioso de las teorías sobre la desigualdad racial. Y, en este sentido, su obra podría formar parte de un pensamiento crítico negro que apuntó hacia el desarrollo de la llamada tradición negra radical ya en el siglo xx.⁵⁰

Ahora bien, Firmin y otros intelectuales negros haitianos coetáneos suyos, como el ya citado Janvier, no combatieron completamente la idea de civilización como “blanqueamiento” y, como señalan Frank Guridy y Juliet Hooker, buscaban proyectarse como hombres merecedores de un trato igualitario a través de exhibir, en sus textos, su manejo de la cultura moderna, que era sinónimo de cultura europea. Esto fue común en otras élites negras del continente americano que asumieron versiones del “ascenso racial”, éste implicaba la responsabilidad de las élites profesionales de elevar la “raza” para sacarla de los escombros de la esclavitud.⁵¹ De allí que, en su obra, Firmin asuma que los europeos, contemporáneos suyos, representan el pináculo de la civilización, no obstante este argumento debe ser contextualizado como una idea sumamente difícil de discutir a finales del siglo xix, en un momento en que, por primera vez en la historia, Europa occidental había alcanzado una hegemonía mundial, no sólo en términos económicos sino

⁴⁹ Frank Guridy y Juliet Hooker, “Corrientes de pensamiento sociopolítico latinoamericano”, en Alejandro de la Fuente y George Reid Andrews, eds., *Estudios afro-latinoamericanos: una introducción*, Julia Benseñor, trad., Buenos Aires/Massachusetts, Clacso/Afro-Latin American Research Institute-Harvard University, 2018, pp. 219-268; René Depestre, “Buenos días y adiós a la negritud”, en Camila Valdés León y Frantz Voltaire, coords., *Antología del pensamiento crítico haitiano contemporáneo*, Buenos Aires, Clacso, 2018, pp. 201-256.

⁵⁰ El concepto de “tradición negra radical” ha sido trabajado por el antropólogo afroamericano Cedric J. Robinson para estudiar a aquellos personajes, obras y movimientos negros, como una suerte de “sabiduría colectiva”, que sintetiza siglos de lucha en contra del racismo y el capitalismo, *Black Marxism: the making of the black radical tradition* (1983), Chapel Hill/Londres, The University of North Carolina Press, 2000.

⁵¹ Guridy y Hooker, “Corrientes de pensamiento sociopolítico latinoamericano” [n. 49].

también en el ámbito cultural, e impuesto los cánones de su cultura y su forma de hacer ciencia como la medida de todo.

Sin embargo, Firmin logra matizar ese argumento al insistir en la historicidad de esta hegemonía civilizatoria europea y relativizar lo que se entendía por “barbarie”, recuerda la propia historia premoderna de los europeos que, alguna vez, fueron los “salvajes” respecto de otros pueblos con mayor desarrollo, como el Egipto antiguo, en un ejercicio de provincialización de Europa. Y, por ello, insistirá en que “cuando se hable a los negros de su inferioridad, tanto los sajones, como los celtas, ligures e iberos podrán recibir esta respuesta: ‘ingratos’”,⁵² porque han olvidado el papel de las civilizaciones negras en la historia humana, tanto en los tiempos más antiguos, con Egipto, como en los tiempos más modernos (para la época de Firmin), con Haití, esa pequeña república negra que cumplía ocho décadas de vida independiente tras romper las cadenas del colonialismo y la esclavitud: “Hechos que en el futuro serán motivo de vergüenza y lamentaciones para la raza blanca”,⁵³ y que no deberían considerarse más un resultado de la “manifestación natural” del estado de cosas, pues estas miradas eurocentradas también tienen historia.

⁵² Firmin, *La igualdad de las razas humanas* [n. 32], p. 321.

⁵³ *Ibid.*, p. 411.

RESUMEN

Reconstrucción del diálogo entre dos teóricos de la civilización, el aristócrata francés y pesimista racialista Joseph-Arthur de Gobineau (1816-1882) y el político haitiano y antropólogo autodidacta Joseph-Anténor Firmin (1850-1911). Estos personajes no sólo compartieron el nombre de pila y una historia atravesada por el dominio colonial francés (uno situado en la metrópoli y el otro en una de sus antiguas colonias caribeñas); ambos teorizaron en torno a la naturaleza de las civilizaciones africanas desde lugares de enunciación muy distintos. Sus miradas antitéticas se abordarán en este trabajo, aterrizadas en sus observaciones sobre el antiguo Egipto y Haití. Firmin defiende la “negritud” de la civilización egipcia y los aportes civilizatorios universales del pueblo haitiano, mientras que Gobineau señala a Haití como el contraejemplo civilizatorio y a Egipto como una civilización blanca que entró en decadencia.

Palabras clave: Haití, antiguo Egipto, eurocentrismo, racismo, tradición negra radical, enfoque civilizacional.

ABSTRACT

Reconstruction of the dialogue between two theoreticians of civilization: the French aristocrat and racial pessimist Joseph-Arthur de Gobineau (1816-1882) and the Haitian politician and self-learned anthropologist Joseph-Anténor Firmin (1850-1911). These men did not only share a name and a history marked by French colonial control (one of them at the Metropolis and the other one at one of its previous Caribbean colonies), they both theorized about the nature of African civilizations from very different standpoints. Their antithetical perspectives will be here explored, and connected to their observations of Ancient Egypt and Haiti. Firmin defends both Egyptian “blackness” and the civilizational contributions of the Haitian people, while Gobineau considers Haiti as the counterexample of civilization and Egypt a white civilization going through decadence.

Key words: Haiti, Ancient Egypt, Eurocentrism, racism, radical black tradition, civilizational approach.